

# Algunos juicios sobre los "Valores Literarios de Costa Rica" de don Rogelio Sotela

Habana.

HE recibido su interesante obra «Valores Literarios de Costa Rica», mucho me complace poder seguir en sus páginas el movimiento intelectual de su país unido por tan poderosos vínculos al mío. He leído ya los estudios sobre los señores Brenes Mesén y García Monge, y éstos me han hecho desear el conocimiento de los restantes. No tardaré en leer toda la obra, y, de seguro, con provecho.

He recibido, con el mayor aprecio, su bella obra «La Senda de Damasco». La impresión que me han dejado sus versos, donde a cada paso encuentro los más felices aciertos de expresión, es muy grata. Resuena en Ud. la voz de un poeta, que no necesita sino afirmarse y completarse.

ENRIQUE JOSÉ VARONA

Nueva York, mayo de 1920.

HE leído ya «Valores Literarios de Costa Rica». Esa obra ya se hacía necesaria y más tratándose de una tierra en donde hay tan buenos y serios trabajadores mentales. La verdad es que nos conocen poco, por no decir que no nos conocen, puertas afuera. El libro de Ud. es una hermosa campaña.

RAFAEL HELIODORO VALLE

Cartago (Costa Rica).

SU libro se asienta en una gran generosidad, desconocida en Costa Rica. La frase de Hobbes, *el hombre, lobo del hombre*, parece que hubiera sido hecha por uno que hubiera vivido entre nosotros. Su talento no le sirve a Ud. para denigrar el de los otros. Porque lo tiene y porque lo usa noblemente, merece las felicitaciones generales, entre las cuales va la mía, que tiene de valor el ser muy sincera.

RICARDO JIMÉNEZ

Cali (Colombia). Mayo, 1920.

UNA semana después de haber recibido su amable carta de 20 de abril, me llegó su nuevo libro «Valores Literarios» que he releído con muchísimo interés, como cosa suya y de Costa Rica.

Su obra le honra a Ud. por haberla planeado, seleccionado, acotado y lle-

vado a feliz término; pero honra, es natural, mucho más al país, si despojado y diminuto, alto y rico, ya que suscita ante los ojos atónitos de sus hermanos de habla española y de latinos ideales tan bello florilegio de intelectualidad.

Su obra es sana y nobilísima, y será de mucho provecho, si se le sabe hacer una inteligente propaganda en el exterior. A este respecto, juzgo que actitud sensata y patriótica del Gobierno sería la de comprar dos centenares, o más, de volúmenes y repartirlos entre los periódicos, revistas, gobiernos e intelectuales de América y España, sin excluir a los Estados Unidos, en donde tanto auge toma día a día nuestro idioma.

Ud., que me conoce tan de cerca, sabe que soy incapaz de lisonja, y que en este juicio mío no entra en absoluto mi gratitud por la generosidad plena de su actitud conmigo. Sabe muy bien que lo mismo diría si sus elogios estuvieran en razón de lo poco que valgo, o si mi nombre no hubiera figurado para nada en esta Antología.

Si su libro por algo peca, es por esto, por traducir demasiado literalmente la bondad de su corazón, que es innata e infinita. Ud. no sólo es fisiológicamente incapaz de dolerse del bien ajeno, sino de regatearlo, ¡qué digo! usted se consideraría indigno a sus propios ojos, si dejara de sentir alguna vez un íntimo regocijo por la labor bella de un compañero, compatriota o colega en literarias disciplinas.

Su obra de Ud. me ha proporcionado una grata sorpresa: hay por ahí, al final del libro, un soneto que vale la pena. Es de un joven a quien no recuerdo, pero sí a su familia. Se titula «Vuelo Supremo». Ignoro cuánto darían Castillo o Rash Isla porque se les hubiera ocurrido ese motivo. Denota en el joven autor una robusta vena poética. Tiene la concepción clara de lo que es un soneto; pero, desgraciadamente, desconoce todavía ciertos preceptos técnicos, por otra parte muy fáciles de adquirir, cuando se tiene *lo otro*, el estro, la divina chispa. Me refiero a lo que Ud. tiene bien observado en el soneto de Marchena: el «Muera» y el «Mortecinos» de los versos 5º y 6º, y las asonancias de los tercetos, que lastiman un poco el oído. De todos modos, el soneto es bello, y demuestra que quien lo compuso está:

«con las alas abiertas para el vuelo»...

Y acá entre nos, ¿qué le parece?

con las dos alas prontas para el vuelo.

Este muchacho, por muy sarracena que sea la abulia que Paco Soler y Ud. le atribuyen, debe tener por ahí tres o cuatro sonetos buenos, que Ud. debía habernos hecho conocer, pues que todo elogio debe ser siempre *a posteriori*...

Y aquí viene otro pequeño reparo a su trabajo (tengo la manía de dar mi «voto razonado», como los congresistas):

Ya que el espacio de que disponía Ud. estaba limitado por el costo de la edición ¿por qué no sustituir en sus «valores literarios» número por calidad? Esto es, en vez de incluir 39 firmas, presentar sólo 20, digamos 25, aprovechando ese espacio para exhibir mayor acopio de páginas selectas. «El arte no se realiza por adición, sino por sustracción» — ha sentenciado sutilmente Valencia. Echo de menos, pues, tres cuentos exquisitos de Fernández Guardia, entre ellos «La Princesa Lulú». Entre otros motivos fundamentales, por el de que es preciso reivindicar su gloria para Costa Rica, ya que fuera de Centro América casi todos le tienen por español; Rómulo Tovar es un escritor que aprestigia a su país, y debería haberle concedido, me parece, triple espacio del que tiene. Lo mismo digo de Paco Soler, de Mario Sancho y de «Carmen Lira», quien, a mi juicio, escribe mejor que casi todos los que figuramos en el libro. El mismo Cardona tiene allí poco a su haber.

Por lo mismo que este volumen es un gran triunfo para usted, y porque tengo la seguridad firme de que se agotará, deseo para mayor gloria suya y del país, que en la segunda edición supla usted esas deficiencias, inevitables en todo primer esfuerzo de esta índole. Bien sé que le será casi imposible sacarnos de allí a unos cuantos; pero si no se atreve,—ganada ya la confianza del Editor—, podría dar mayor ensanche a la obra.

CAMILO CRUZ SANTOS

LECTOR amigo: ¿A usted de veras le gusta el REPERTORIO? Pues consígale un suscriptor más, un aviso más. Es el mejor servicio que puede hacerle. Como también indicarle las personas que podrían recibirlo. Nos cabe el derecho de tanteo con ellas.